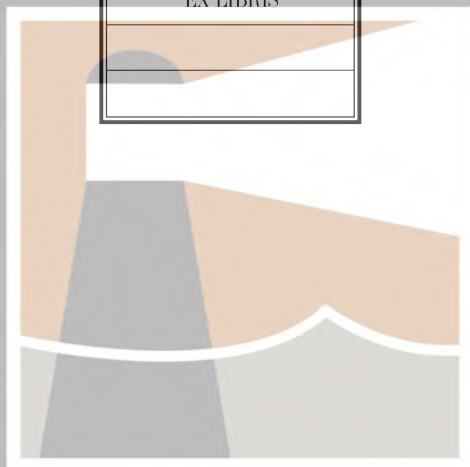




EX LIBRIS



MAREA
EDITORIAL

Pablo Morosi

LOS SECRETOS DEL CIUDADANO K

Biografía no autorizada de

Kraiselburd

MAREA
EDITORIAL



Morosi, Pablo

Los secretos de ciudadano K : biografía no autorizada de Kraisselburd / Pablo Morosi. - 1a ed. - Ciudad Autónoma de Buenos Aires : Marea, 2026.

400 p. ; 20 x 14 cm. - (Historia Urgente / Constanza Brunet ; 133)

ISBN 978-987-823-134-1

1. Biografías. 2. Investigación Periodística. 3. Análisis Político. I. Título.
CDD 800

Dirección editorial: Constanza Brunet

Edición: Debret Viana

Asistencia editorial: Julieta Rojas

Comunicación: Verónica Abdala

Diseño de tapa e interiores: Hugo Pérez

Corrección: Juan Pablo Csipka

Colaboraron con esta investigación: Juan Manuel Mannarino
y Laureano Barrera

Foto de tapa: Nicolás Freda

© 2026 Editorial Marea SRL

© 2026 Pablo Morosi

Pasaje Rivarola 115 – Ciudad de Buenos Aires – Argentina

Tel.: (5411) 4371-1511

marea@editorialmarea.com.ar | www.editorialmarea.com.ar

ISBN 978-987-823-134-1

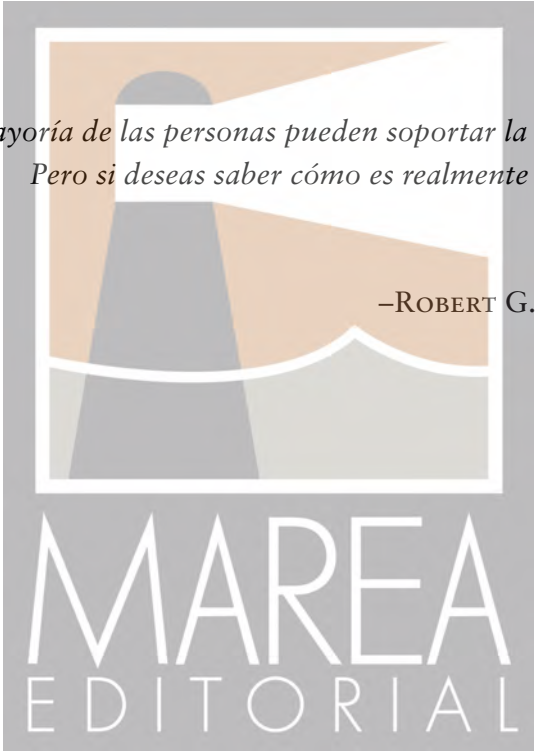
Impreso en Argentina – *Printed in Argentina*

Depositado de acuerdo con la Ley 11.723. Todos los derechos reservados.

Prohibida la reproducción total o parcial de esta obra por cualquier medio o procedimiento sin permiso escrito de la editorial.

*La mayoría de las personas pueden soportar la adversidad.
Pero si deseas saber cómo es realmente un hombre,
dale poder.*

—ROBERT G. INGERSOLL

The logo for MAREA EDITORIAL is contained within a grey rectangular frame. At the top of the frame is a stylized graphic with orange, grey, and white geometric shapes. Below the graphic, the word "MAREA" is written in a large, white, serif font, and the word "EDITORIAL" is written below it in a smaller, white, sans-serif font.

MAREA
EDITORIAL

La vida de Raúl Eduardo Kraiselburd, el empresario de medios más importante e influyente de la provincia de Buenos Aires, constituye, en buena medida, un gran enigma, un laberinto envuelto en brumas. Su figura se proyecta sobre La Plata con el peso que tuvieron los diarios de papel durante el siglo xx, cuando eran capaces de incidir decisivamente en el rumbo de una época. Dueño y señor de la capital bonaerense, su apellido, ligado al periodismo desde hace un siglo, representa a una generación de editores que hicieron de la prensa un negocio fabuloso.

Por su despacho, en el segundo piso del edificio de *El Día*, nave insignia de un imperio con múltiples ramificaciones, han desfilado dirigentes políticos de todos los signos, jefes militares y policiales, empresarios, sindicalistas, figuras del deporte, la cultura y el espectáculo, además de lobistas y oportunistas de toda laya.

Kraiselburd ha pasado en esa habitación la mayor parte de su vida, donde, impregnada de aroma a tabaco y madera, el tiempo parece haberse detenido. Detrás del escritorio, cubierto por papeles, informes y viejos recortes, sobresale un

cuadro del italiano Quincio Cenni que recrea la fundación de La Plata en 1882 e incorpora personajes que nunca estuvieron allí, un detalle que lo convierte, para muchos, en una de las primeras *fake news* de la historia argentina.

En esa suerte de alcázar, donde durante décadas se concentró una parte sustancial del poder real y simbólico de la provincia, se definieron programas públicos, carreras políticas, negocios privados y reputaciones personales, todo bajo el pulgar implacable del “Ruso”, el apodo con el que lo conocen sus colaboradores, aunque casi nadie se atreva a llamarlo así en su presencia. Dentro y fuera del diario, su nombre infunde respeto, pero sobre todo temor. La mayoría de los empresarios y políticos solo aceptan hablar de él sin que se mencione su nombre, al igual que los periodistas, conscientes de que cualquier comentario puede llegar a sus oídos y acarrear consecuencias.

Fundado en marzo de 1884, apenas dos años después del nacimiento de La Plata, *El Día* ha acompañado desde entonces la evolución de la ciudad. Concebido por figuras alineadas con el proyecto político de Dardo Rocha, el diario se transformó con el tiempo en un conglomerado que llegó a controlar varios diarios, una agencia noticiosa, una señal de televisión, radios y portales informativos. Esa expansión se produjo, en buena medida, gracias al permanente respaldo publicitario de la administración bonaerense. La contribución de *El Día* a la narrativa del derrotero político y social de la provincia y su capital es invaluable. En buena medida, La Plata también es el relato que el diario ha construido sobre ella. Detrás de ese legado sobresale la figura

de Raúl Kraiselburd, cuya dedicación y capacidad para conducir una empresa que fue cantera de periodistas, escritores, intelectuales, fotógrafos y diseñadores resultaron decisivas. Con el tiempo llegó a imponerse la idea de que ningún proyecto o iniciativa importante en la ciudad podía prosperar sin contar con su aval, del mismo modo que nadie podía ganar una elección sin su bendición. Intendentes y gobernadores conocieron el peso de su figura, pero también su ambición y su nivel de exigencia a la hora de discutir la pauta publicitaria. Uno de los referentes políticos más importantes de la provincia de las dos últimas décadas lo definió así: “Es como un león al que hay que alimentar todos los días con lomo”.

La historia de Kraiselburd está atravesada por episodios extraordinarios desde el momento mismo de su nacimiento: llegó al mundo en Paraguay y con otro nombre. Según la versión familiar, su padre se había refugiado allí para escapar de la persecución del régimen del general José Félix Uriburu contra socialistas y anarquistas. De regreso en La Plata, un médico amigo extendió un certificado que fijó oficialmente su nacimiento en City Bell el 12 de mayo de 1944.

Descendiente de inmigrantes ucranianos que llegaron a la Argentina sin conocer la lengua ni tener oficio, Kraiselburd heredó el periodismo de su padre, David, un abogado filoanarquista, voluntario en la Guerra Civil Española que en 1962 llegó a director de *El Día* tras haber ingresado como cadete y se convirtió en el primer editor de origen judío al frente de un diario argentino.

Raúl se incorporó al matutino siendo adolescente. Después de trabajar un tiempo como cronista deportivo y

universitario, con apenas 23 años se hizo cargo de *Gaceta de la Tarde*, vespertino del mismo grupo. Comprendió entonces que el periodismo era, antes que nada, un instrumento de enorme poder y, al mismo tiempo, un arma de doble filo que exigía prudencia, inteligencia y equilibrio. Aprendió a lidiar de manera cotidiana con la variedad de engaños, golpes bajos y traiciones que, en ese ámbito, a veces salvaje, exigen contener las emociones y actuar con frialdad.

Desde entonces, más que en los quehaceres diarios de la redacción, el fuerte del Ruso ha sido la faceta empresarial, donde se distinguió siempre por su pragmatismo y audacia, pero también por su capacidad para convertir el peso del diario en oportunidades de negocios.

Los convulsionados años setenta marcaron un punto de quiebre en la vida de Raúl Kraiselburd. En julio de 1974, su padre fue asesinado en un secuestro de Montoneros, lo que lo obligó, con apenas 30 años, a asumir la conducción de un grupo periodístico en expansión que ya incluía *El Día*, *Gaceta de la Tarde*, la agencia Noticias Argentinas (NA) y el recientemente lanzado *Diario Popular*, convertido en un éxito editorial tras la clausura de *Crónica*.

Dos años más tarde, bajo la dictadura militar, sufrió el golpe más devastador: su hijo David, de veintinueve meses, fue secuestrado y asesinado. El cuerpo nunca pudo ser hallado. A ello se sumó la desaparición de su suegro, Baldomero Valera, dirigente comunista, y de su cuñada, Patricia Valera, militante del Partido Comunista Marxista-Leninista (PCM-L).

La investigación por el crimen de su hijo lo llevó a estrechar sus vínculos con las autoridades militares y la

policía bonaerense, encabezada por el temible coronel Ramón Camps.

Aunque logró sobreponerse, nunca volvió a ser el mismo. La muerte de su padre cambió el rumbo de su vida; la de su hijo dejó en él una herida irreparable. Aquellos dolores lo convirtieron en un hombre duro, distante, receloso –para algunos, incluso despiadado– y, sobre todo, muy reservado, decidido a controlar su exposición pública y a ejercer el poder desde la discreción, rasgo que terminó convirtiéndose en uno de los pilares de su estilo de liderazgo y conducción.

Al frente de *El Día* consolidó su posición accionaria, preservó la línea editorial conservadora y una relación pragmática con los gobiernos de turno. En los comienzos de la década de 1980, cuando ya se vislumbraba el regreso de la democracia, incursionó en el mercado de las revistas pornográficas, en busca de un impacto similar al que había producido el destape español. Y, bajo su impronta, *Diario Popular* se erigió en el primer diario a color del país y, con el tiempo, se afianzó como el tercero más vendido de la Argentina.

Su activa participación en el *affaire* Papel Prensa –originado en la decisión de la última dictadura militar de entregar el control de la empresa a un grupo de diarios porteños en detrimento del resto de la prensa argentina– y su intento de disputar la conducción de la Asociación de Entidades Periodísticas Argentinas (ADEPA) le valieron un duro enfrentamiento con el núcleo dominante de editores, que desde entonces buscó marginarlo.

Si bien alguna vez fantaseó con incursionar en la política –algo que lo había cautivado desde su juventud, cuando

tuvo un paso por la militancia estudiantil en el reformismo universitario– e incluso recibió ofrecimientos de distintas fuerzas para ocupar cargos, así como el respaldo de eventuales mecenas, nunca llegó a lanzarse. Era consciente de que no contaba con una estructura política propia pero, además, comprendió que, a diferencia de los dirigentes, obligados a revalidar constantemente su lugar en la vida pública, la plataforma de la prensa le garantizaba una presencia vitalicia.

Su raíz radical no le impidió acercarse al peronismo cuando, en los años noventa, esa fuerza llegó al poder con un programa de gobierno que tenía eje en la obra pública y que generó la mayor inversión en infraestructura desde la fundación de la ciudad. Entonces, sus vínculos con el mundo de la política y los negocios lo llevaron a consolidar un perfil empresarial aún más diverso.

Cuando, en 1993, el sindicalista Antonio Balcedo decidió lanzar su propio diario en La Plata y desafiar la posición monopólica que *El Día* había sostenido durante más de treinta años, se desató una guerra comercial que atravesó la vida pública platense.

La tragedia familiar significó un potente espaldarazo para su proyección internacional, donde con el tiempo desplegó una labor destacada y logró su máximo protagonismo. Entre 1994 y 1995 presidió la Sociedad Interamericana de Prensa (SIP), entidad que reúne a los principales editores del continente, y formó parte de su comité ejecutivo en distintos cargos, incluida la titularidad de la Comisión de Libertad de Prensa. En ese ámbito también impulsó la creación del

Consejo Latinoamericano de Acreditación de la Enseñanza del Periodismo (CLAEP).

En reconocimiento a sus tratinados años de experiencia, Raúl Kraiselburd ha recibido importantes distinciones, como el Diploma al Mérito en Dirección Periodística otorgado por la Fundación Konex en noviembre de 1997 y el Premio María Moors Cabot, que concede la Escuela de Periodismo de la Universidad de Columbia, entregado en Nueva York en octubre de 2003. No obstante, y pese a su amplia trayectoria, en la práctica, Kraiselburd es un perfecto desconocido para el gran público. Aún en La Plata pocos reconocen su rostro y menos aún han tenido trato directo con él.

Alrededor de su figura crecieron innumerables leyendas que nunca se preocupó por desacreditar y que, incluso, en ocasiones, él mismo alimentó. Desde sus relaciones sentimentales –que incluyeron tres matrimonios e innumerables amoríos que, según versiones, llegaron a involucrar a estrellas del espectáculo y el *jet set* internacional– hasta los rumores sobre su condición de iniciado en la masonería o espía al servicio de los Estados Unidos, su vida quedó envuelta en un cúmulo de relatos tan difíciles de verificar como los que rodean la verdadera dimensión de sus activos y negocios.

Cuando la era digital apenas asomaba para transformar para siempre el modelo de negocio de los viejos diarios de papel, una fuerte disputa por el manejo de la rentabilidad de la empresa terminó en la ruptura de la sociedad con sus históricos socios Fascetto-Stunz. Tras una ardua negociación que en 2009 partió al medio el *holding*, el Ruso se aferró a

Los tres niños caminan en silencio formando una hilera. David, el mayor, soporta sobre sus hombros un cartel de chapa que cubre prácticamente todo su cuerpo, en el que se anuncia el servicio de reparación de colchones. Sus hermanos, Elías y Juan, se reparten el macuto de cuero con agujas, ovillos de hilo y largas varas de fresno necesarias para la tarea. Adelante, Ernesto, el padre, arrastra un carro con ruedas de madera en el que transporta la cardadora que usan para desenredar y desapelmazar la lana. En cada esquina se detienen unos minutos.

—¡Colchonerooooo! —grita Ernesto, alargando la “o” y llevándose las manos a la boca a modo de bocina.

A veces, cuando el trabajo aprieta —sobre todo en los meses de primavera y verano—, se suman Aída, su esposa, y Dora, la mayor de las hijas del matrimonio.

Nacidos a fines del siglo XIX en el territorio que hoy ocupa Ucrania, entonces parte de Rusia, Ernesto Kraiselburd y Aída Guimpel llegaron a la Argentina escapando de las luchas políticas y religiosas que empujaron a numerosas familias de esa región a buscar nuevos horizontes.

Es precisamente en la Rusia imperial donde pueden rastrearse las raíces más remotas del apellido Kraiselburd, que suele traducirse al castellano como “barba” o “pelo colorado”. A partir de las indagaciones genealógicas sobre su linaje, sus portadores parecerían descender de los jázaros, una etnia nómada originaria de Asia Central que se consolidó durante la Edad Media.

Ernesto nació en Berdichev, una ciudad de fuerte impronta religiosa ubicada a unos 180 kilómetros al norte de Kiev, donde cerca del ochenta por ciento de la población era judía y se dedicaba mayoritariamente al comercio. Tras el asesinato del zar Alejandro II, en marzo de 1881 –hecho por el que se culpó a la colectividad–, comenzaron a intensificarse las persecuciones contra esa comunidad.

Aída, por su parte, era oriunda de Nicolaiev, una ciudad erigida en la confluencia de dos ríos que desembocan en el Mar Negro, donde los hebreos también fueron objeto de un hostigamiento constante.

Arribaron a la Argentina por separado durante las migraciones impulsadas por el barón Maurice de Hirsch, quien promovió en el país el establecimiento de colonias agrícolas destinadas a dar refugio a judíos del Imperio ruso. Tras un breve paso por Brasil, parte de la familia Kraiselburd recaló primero en Paraná, en la provincia de Entre Ríos –donde Aída y Ernesto se conocieron–, para luego echar raíces en Berisso, una franja portuaria a orillas del Río de la Plata. Aunque prácticamente ninguno hablaba la lengua local y pocos tenían un oficio, antes de que terminara el siglo XIX los ucranianos eran una verdadera legión en la zona y, de

FOTOS

Foto: Fondo Documental Sergio Karakachoffm, UNLP



Años de militancia en el reformismo de la Facultad de Derecho de la Universidad Nacional de La Plata, a principios de la década del sesenta. De izquierda a derecha, Raúl es el segundo, justo sobre la letra D de la bandera.

Foto: Fondo Documental Sergio Karakachoffm, UNLP



1965. Raúl, a la derecha al fondo de la imagen, en la fiesta de recibida de abogado de Sergio Karakachoff.



Diciembre 1993. El Ruso Kraiselburd posando para la revista *Caras* en el jardín de su casa de Villa Castells.



6 de junio de 1994. Como presidente de la Sociedad Interamericana de Prensa (SIP), Raúl Kraiselburd acompañó al presidente Carlos Menem en la firma de adhesión a la Declaración de Chapultepec sobre libertad de expresión, en el Salón Blanco de la Casa de Gobierno. Junto a ellos, en la imagen, el secretario de Medios, Raúl Burzaco, y el director de *La Nación*, Bartolomé Mitre.



Foto: Presidencia de la Nación

16 de septiembre de 2010. El Ruso Kraiselburd asistió a un almuerzo en Olivos convocado por la presidenta Cristina Fernández de Kirchner para anunciar un proyecto destinado a regular la producción de papel para diarios. Compartió la mesa con Néstor Kirchner.

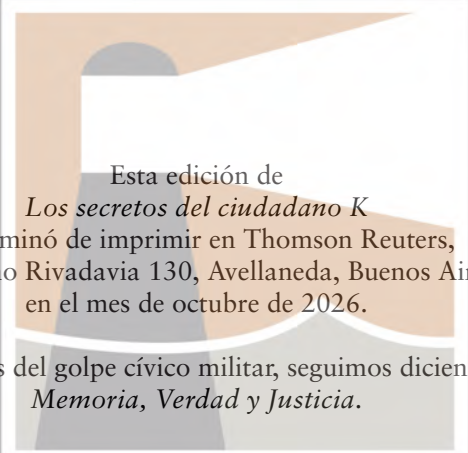


Foto: Archivo Letra P

Noviembre 2012. Saludos en una de las cenas a beneficio de la Fundación Florencio Pérez. Aquí junto al entonces gobernador bonaerense Daniel Scioli y, a la derecha, el intendente de La Plata Pablo Bruera.

ÍNDICE

1 - El Ruso	9
2 - Colchonero	19
3 - El heredero.....	31
4 - Primeros pasos.....	55
5 - Espiral de violencia	79
6 - En el nombre del padre	105
7 - Nacimiento de un diario líder	141
8 - Davicito	167
9 - La solución final.....	195
10 - La guerra del papel	227
11 - El dueño de La Plata	261
12 - El fin del monopolio.....	291
13 - Enemigos íntimos.....	323
14 - El Ciudadano K.....	353
FUENTES BIBLIOGRÁFICAS	375
FOTOS	383
AGRADECIMIENTOS	393



Esta edición de
Los secretos del ciudadano K
se terminó de imprimir en Thomson Reuters,
Bernardino Rivadavia 130, Avellaneda, Buenos Aires,
en el mes de octubre de 2026.

A 50 años del golpe cívico militar, seguimos diciendo:
Memoria, Verdad y Justicia.

MAREA
EDITORIAL